

SPLINGER Y LA DEMOCRACIA

por GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA*

1. *El pensador*. Osvlado Spengler (1880-1936) tenía treinta y ocho años cuando sorprendió al mundo culto con *Der Untergang des Abendlandes* (1918), el libro alemán de pensamiento que en el primer tercio de este siglo tuvo más éxito y desencadenó más polémica. La versión española de Morente —*La decadencia de Occidente*— se ha reimpresso trece veces desde que se inició su publicación en Madrid el año 1923. Spengler era un pensador de muy vastos saberes que se extendían desde las matemáticas a la historia pasando por la filosofía, la filología y la biología. Poseía un crepitante estilo literario, enraizado en los fulgores de Schopenhauer y de Nietzsche: el epíteto luminoso, la construcción lapidaria, la metáfora audaz. Prosa enérgica y de ritmo tribunicio, impulsada por un torrente conceptual y por una convicción contagiosa. Hay, excepcionalmente, algún pasaje oscuro; pero dominan las sentencias tajantes, el ataque frontal y la posición inequívoca. Son páginas brillantes, densas y categóricas que deleitan, interesan y estimulan; y en la clave apocalíptica conmueven.

Spengler se ha inmortalizado en los manuales por su grandiosa morfología de la cultura. Pero esa su filosofía de la historia arrastraba tantos materiales circunstanciales —biologismo, vitalismo, intuicionismo e incluso irracionalismo— que no ha prevalecido como explicación cabal del pasado humano. Perduran, en cambio, muchos de los pensamientos que constituían ya el entresijo, ya el acompañamiento de su discurso principal. Porque Spengler, en vez de glosar con parsimonia un solitario concepto como solían tantos de sus contemporáneos, sembraba pródigamente las ideas que, a raudales, brotaban de su fértil ingenio y que gustaba de acuñar a la manera aforística. Entre ellas destacan las relativas a la cosa pública.

En *La decadencia de Occidente* (1918) dedicó el penúltimo capítulo al Estado; en 1920 publicó el opúsculo *Preussentum und Sozialismus*; y en 1932 *Politische Schriften* donde reunió el citado y otros seis estudios aparecidos entre 1920 y 1924. En 1931 dio a las prensas *Der Mensch und die Technik*, y en 1933 *Jahre der Entscheidung*, inmediatamente traducido al español con el título *Años decisivos* (1934). Esta importante obra vio la luz pocos meses después de que las urnas llevaran a Hitler al poder; pero fue escrito y parcialmente impreso antes del triunfo electoral del nacionalsocialismo y desde una posición apartidista. Los textos postreros fueron editados con carácter póstumo, *Reden und Aufsätze* (1937).

* GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA: Pensador, filósofo y político español; escritor y ex embajador.

2. *El contexto político alemán.* Las circunstancias en que se forjó el pensamiento político de Spengler fueron críticas. Derrotado el Imperio en 1918, el 9 de noviembre se proclamó la República en un clima revolucionario. En enero de 1919 estalló la rebelión espartaquista; pero el ejército pudo reducirla, y se celebraron elecciones generales. La nueva Asamblea, con un partido socialista mayoritario, hubo de reunirse en la pequeña y provinciana ciudad de Weimar, porque en Berlín no se podía garantizar la seguridad de los diputados. El 14 de agosto de 1919 se promulgó la Constitución, vigente hasta 1933.

La nueva ley fundamental, en la que intervinieron juristas del prestigio de Hugo Preuss, se consideró internacionalmente como la última palabra del democratismo e incluía una extensa parte dogmática o declaración de derechos. La República era unitaria, pero descentralizada en diecisiete países, cada uno de los cuales estaría dotado de su propia Constitución y de una cámara regional elegida por sufragio universal que otorgaría la confianza al respectivo gobierno. Algunos consideraron que tal estructura era más bien federal. La República se regiría por un sistema intermedio entre el presidencialismo y el parlamentarismo. Tenía de esto último la necesidad de que el Gobierno contase con la mayoría de la Cámara baja; pero era presidencialista en la medida en que el Presidente, designado para siete años por sufragio universal directo, en caso de necesidad extraordinaria podía asumir todos los poderes y, en cualquier momento, disolver el Parlamento y someter a referéndum un proyecto de ley. El Parlamento constaría de un diputado por cada sesenta mil votos, elegido por sufragio universal en listas cerradas según el sistema proporcional, lo que entregaba a los partidos la selección de candidatos y la aplicación de los restos electorales. En el Senado estarían representados los países a razón de un senador por cada setecientos mil votantes, sin que ningún país pudiera disponer de más de dos quintas partes del total. El Senado estaba facultado para vetar los proyectos de ley y, eventualmente, provocar un referéndum. Había además una Cámara económica de composición orgánica o corporativa sin capacidad decisoria.

La llamada Constitución de Weimar funcionó mal. Tuvo dos presidentes, el socialista Ebert y el mariscal Hindenburg, elegido en segunda votación (marzo de 1925) y reelegido con los votos izquierdistas en 1932. Ninguna legislatura estatal (las regionales son otra compleja historia) agotó su mandato de cuatro años, puesto que hubo elecciones generales en enero de 1919, en junio de 1920, en mayo y en diciembre de 1924, en mayo de 1928, en septiembre de 1930, en julio y noviembre de 1932 y en marzo de 1933, lo que arroja un total de nueve legislaturas en catorce años. Todos los gobiernos fueron de coalición y muy inestables: Bauer (nueve meses), Müller (dos meses), Fehrenbach (once meses), Wirth (siete meses), Cuno (nueve meses), Stresemann (tres meses), Marx (once meses), Luther (cinco meses), Marx (trece meses), Müller (diez meses), Brüning (doce meses), Papen (cinco meses), Schleicher (dos meses), y Hitler desde el 30 de enero de 1933, lo que arroja catorce cancilleres (alguno reestructuró su gobierno) en trece años.

Durante la vigencia de la Constitución de Weimar se produjeron la pérdida del norte de Schleswig, la revolución espartaquista y la ocupación por los aliados de la Alta Silesia, el golpe de Estado de Kapp, la huelga

general en Berlín, las insurrecciones comunistas del Vogtland y del Ruhr, la ocupación de parte del Ruhr por Francia y la paralización industrial de la cuenca, la entrega de dos términos municipales a Bélgica, los asesinatos de los ministros Erzberger y Rathenau, la total ocupación aliada del Ruhr, la proclamación de la República Renana, la intervención militar en Sajonia, el pronunciamiento nacionalsocialista en Baviera, el asesinato del presidente Heinz, y el golpe de estado en Prusia.

Paralelamente a la descomposición política se produjo el deterioro económico y social que alcanzó un punto culminante en 1925 con la reaparición del mercado de trueque, y que prosiguió con inflación y paro crecientes. En 1929 quebraron dieciocho mil empresas, y en 1930 veintitrés mil habían presentado expediente de crisis. A fines de 1930 el número de parados se acercó a los cinco millones. En 1931 estalló la crisis bancaria. La deuda exterior superó los veinticinco mil millones de marcos. Se generalizaron la mendicidad y la subversión. Se avanzaba hacia el caos.

Derrota del Imperio fundado por Bismarck, hundimiento de la República parlamentaria de Weimar y democrático ascenso del nazismo fueron las directas experiencias políticas de Spengler.

3. *Primera aproximación.* Spengler se enfrenta sistemáticamente por primera vez con el tema de la democracia en el segundo volumen de su gran obra, aparecida en 1922, o sea, un trienio después de la instauración de la República de Weimar.

Se suele definir la democracia como gobierno por el pueblo. Ya en su ensayo *Preussentum und Sozialismus* (1920) Spengler había escrito: “Realmente, salvo en Estados que consisten en unas cuantas aldeas, el gobierno popular o por el pueblo no existe en absoluto” (p. 56). Toda la justificación teórica del modelo roussonianiano se apoya sobre el postulado de la soberanía del pueblo que, según Spengler “no es nada más que una palabra que expresa que el poder soberano adopta el nombre de jefe del pueblo en vez del nombre de rey” (1). El ejercicio de la autoridad sigue correspondiendo a un hombre; solo cambia el título: en vez del derecho divino, la voluntad general. Es una permutación de abstracciones, no es un cambio concreto en la estructura del mando.

En realidad, para Spengler no existe como entidad política operante eso que se denomina “pueblo”, ya que éste sólo puede adoptar decisiones a través de las élites. “Un pueblo soberano, en el único sentido posible en el mundo de los hechos, es una minoría perfectamente criada que se completa y renueva a sí misma” (IV, 267). La apelación popular es una operación retórica porque lo propio de las masas es su incapacidad ejecutiva. “No hay pueblos dotados de talento político; sólo hay pueblos que están firmemente en la mano de una minoría gobernante” (IV, 261-62). En otros términos: “Un pueblo culto en donde la noción de pueblo coincida con la de todos no existe. Esto es posible sólo en los pueblos primitivos... Cuando un pueblo es

(1) Spengler, Osvaldo: *La decadencia de Occidente*, trad. esp. M.G. Morente, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1923-27, Vol. IV, pág. 261. En lo sucesivo se indicará el tomo y la página de esta edición, entre paréntesis, después de cada texto.

realmente una nación, existe en él una minoría que, en nombre de todos, representa y realiza su historia” (III, 245). En suma, el pueblo como sujeto activo o es sinónimo de élite o no es nada.

El segundo postulado fundamental de la teoría democrática clásica es que, supuesta la soberanía del pueblo, éste la delega temporalmente en sus representantes mediante el voto igual y único de cada ciudadano. Spengler es también demoledor en este punto. “El derecho de la masa a escoger libremente a sus representantes es mera teoría, pues toda organización desarrollada se completa, en realidad, a sí misma” (IV, 283-84). En otros términos, las oligarquías con ambición de poder —la llamada clase política— se autoseleccionan, no las designan las masas; se renuevan por la concurrencia interna y la cooptación. Este punto había sido demostrado por la teoría elitista de la sociedad. La corriente del poder no se desplaza de abajo arriba, sino al contrario, de la cumbre a la base. Los elegidos “no se consideran, ni mucho menos, como los altavoces por donde hablan sus electores, sino, al revés, se esfuerzan por todos los medios de la propaganda en captar el ánimo de los votantes para utilizarlos en pro de sus propios fines” (IV, 278). De ahí que lo decisivo no sea la fidelidad de los gobernantes a una supuesta voluntad general, sino lo que Spengler considera la “técnica de hacer elecciones”, al lado de la cual “el derecho electoral es inesencial” (IV, 270). Por eso llega a afirmar que “cuanto más general es el sufragio, tanto menor es el poder de los electores” (IV, 283). Efectivamente, el individuo se disuelve en la masa y ésta es más manipulable en la medida en que crece.

¿A qué se reduce esa técnica electoral? A la utilización sistemática de lo que Spengler denomina “la guerra de artículos” (IV, 290) o “artillería espiritual” (IV, 291). Y el medio por excelencia era, en su tiempo, el periódico. “El sentido liberal burgués está orgulloso de haber suprimido la censura, la última barrera; mientras tanto, el dictador de la prensa mantiene a sus rebaños de esclavos lectores bajo el látigo de sus artículos, telegramas e ilustraciones” (IV, 291) cuando no bajo “una formidable censura de silencio...; en lugar de la hoguera aparece el silencio” (IV, 294). Esta acción sobre las masas ha de ser continua: “el dinamismo de la prensa quiere efectos permanentes, ha de tener a los espíritus permanentemente bajo presión” (IV, 292). Y concluye su análisis con esta sentencia: “antaño no era lícito pensar libremente; ahora es lícito hacerlo, pero ya no puede hacerse” (IV, 293) porque lo impide la intoxicación general a través de los medios de comunicación de masas. “Las elecciones se convierten en una comedia” (IV, 295).

Se dirá que los protagonistas del lavado de cerebro de las multitudes no son unos individuos, sino los partidos, entidades que, a su vez, son populares. Spengler considera esta hipotética objeción y aborda la cuestión partitocrática. En primer lugar, señala que “la época de la auténtica dominación de los partidos comprende apenas dos siglos” (IV, 277); no es, pues, algo constitutivo de la sociedad, sino un fenómeno circunstancial. En segundo lugar, “los partidos se convierten en obedientes séquitos de unos pocos” (IV, 295) y los partidos se subsumen en el liderazgo: “el final de la democracia es su conversión en cesarismo” (IV, 277). En tercer lugar, la ideología se somete al pragmatismo: “por último, el programa desaparece del recuerdo y

la organización labora por sí sola” (IV, 278). No se trata de falsas promesas o mentiras electorales; es que en el líder y en su equipo no queda más que desnuda ambición de poder. Y en cuarto lugar “los Parlamentos del siglo XX serán, poco a poco, un espectáculo solemne y vano..., el poder se muda de casa y de los Parlamentos se traslada a círculos privados” (IV, 295), más exactamente a las camarillas partitocráticas. En síntesis, tras la apariencia de partidos de masas no hay más que la eterna clase política, las minorías y, en definitiva, los líderes.

Si la soberanía del pueblo es un mito, si el sufragio no desemboca en la representación de los intereses populares, porque las gentes están mentalmente manipuladas, y si los partidos son el coro de los dirigentes ¿en qué consiste verdaderamente la democracia? La clave está en la manipulación y en el medio de llevarla a cabo. Esta es la tesis spengleriana: “democracia y plutocracia significan lo mismo” (IV, 208). Y la explica así: “la libertad de la opinión pública requiere la elaboración de dicha opinión, y esto cuesta dinero; la libertad de la prensa requiere la posesión de la prensa, que es cuestión de dinero; y el sufragio universal requiere la propaganda electoral que permanece en la dependencia de los deseos de quien la costea” (IV, 208). Esta cruda realidad se oculta cuidadosamente: “ningún texto constitucional conoce el dinero como magnitud política, todas las Constituciones contienen pura teoría” (IV, 225). Pero la escueta verdad es que “el sufragio universal no contiene ningún derecho real, ni siquiera el de elegir entre los partidos, porque los poderes, alimentados por el sufragio, dominan, merced al dinero, todos los medios espirituales de la palabra y la prensa y, de esta suerte, desvían la opinión del individuo sobre los partidos, a su gusto, mientras que, por otra parte, disponiendo de los cargos, la influencia y las leyes, educan un plantel de partidarios incondicionales, justamente el *caucus*, que elimina a los restantes y los reduce a un cansancio electoral que ni en las grandes crisis puede ser ya superado” (IV, 284). Es la compra de los votos, que ya se usaba en Atenas y en Roma, y que con técnicas masivas e indirectas se sigue practicando en las democracias contemporáneas.

La decadencia de Occidente no es un libro programático, sino descriptivo, y no contiene ni un concepto del Estado, ni un proyecto de Constitución. Sin embargo, hay un importante pasaje en el que Spengler insinúa que algún tipo de representatividad podría salvarse mediante fórmulas corporativas: “El derecho del pueblo a regirse a sí mismo es una frase cortés; en realidad, todo sufragio universal inorgánico anula bien pronto el sentido primordial de la elección. Cuanto más a fondo quedan eliminadas las espontáneas articulaciones de clases y profesiones, tanto más amorfa se torna la masa electoral y tanto más indefensa queda entregada a los nuevos poderes, a los jefes de partido” (IV, 285). La propuesta spengleriana sería, pues, la democracia orgánica, teorizada por el idealismo alemán y, sobre todo, por Krause y su discípulo Ahrens.

Esta es la primera aproximación spengleriana a la democracia, seguramente redactada en 1921, cuando la República de Weimar estaba en sus inicios. A medida que sus experiencias van siendo más negativas, la posición de Spengler no cambia, pero evoluciona de modo homogéneo hacia una mayor radicalidad. La expresión definitiva de su actitud ante el sistema se contiene en el enérgico e incitante libro *Jahre der Entscheidung* (1933).

4. *La posición final.* En la introducción a su libro *Años decisivos*, Spengler declara que lo escribió en 1932, es decir, cuando la supuesta república democrática ideal para los alemanes se encontraba en absoluta desintegración y había fracasado hasta límites casi impensables. Dicha introducción está fechada en julio de 1933, o sea, tres meses después de que el Parlamento alemán, elegido democráticamente, aprobara, por la prescrita mayoría de dos tercios, la ley de 30 de marzo de 1933 que otorgaba a Hitler plenos poderes, norma en la que se fundó constitucionalmente su dictadura comisoría, prolongada durante trece años. Spengler no se pronuncia a favor de la nueva situación. “No amonestaré ni adularé. Quiero abstenerme de toda valoración de las cosas que acaban de empezar” (2). Señala que la revolución nacionalsocialista “es la primera que se cumple en un país impotente y en situación muy peligrosa; y esto eleva hasta lo inconmensurable la dificultad de los problemas” (p. 3); y añade “me alarma verla celebrada diariamente con tanto estrépito” (p. 14). Establece un paralelo con la Revolución francesa y concluye: “Lo que al principio prometía grandes cosas acaba en tragedia o en comedia. Nosotros queremos considerar serenamente y a tiempo estos peligros para ser más prudentes” (p. 14). Hay, pues, una toma de distancia ante los acontecimientos inmediatos, un empeño de objetividad, y una declaración de apartidismo. La coincidencia cronológica con la llegada de Hitler a la cancillería en modo alguno implica una dependencia o relación de causalidad.

a) *El mundo abisal.* El elitismo de Spengler se refuerza ahora con una calificación política de las multitudes muy negativa: “los grandes individuos son los que hacen la historia, lo que aparece en masa no puede ser más que su objeto” (p. 165). No sólo se afirma el monopolio del protagonismo histórico por las minorías superiores, sino que se reduce a las muchedumbres a la dócil pasividad. ¿Por qué tal descalificación en la aventura del progreso? Porque “la masa en lugar de la divinidad es en lo que se abisma el yo inerte, estúpido y enfermo de todo género de inhibiciones” (p. 182), o sea, porque carece de ímpetu creador. Además, es “informe” (p. 28). Spengler no regatea las expresiones despectivas: “grey votante” (p. 19), “plebe” (p. 121), “populacho” (p. 94) y, sobre todo, “mundo abisal” (p. 94). Esta es su punzante descripción:

“De toda sociedad caen al fondo constantemente elementos degenerados, familias gastadas, miembros decaídos de altos linajes, fracasados e inferiores en alma y en cuerpo; véanse si no las figuras de los asistentes a los mitines, tabernas, manifestaciones y motines; en algún modo son todos abortos de la naturaleza, gentes que en vez de raza vigorosa en su cuerpo, sólo llevan en su cabeza reivindicaciones de pretensos derechos y ansia de venganza por su vida fracasada, y en los cuales es la boca la parte más importante del cuerpo. Es la hez de las grandes ciudades, el verdadero populacho, el mundo abisal en todos los sentidos, que en todas partes se forma en contraposición consciente al gran mundo y al mundo distinguido: bohemia política y literaria, nobles decaídos, como

(2) Spengler, Oswald: *Años decisivos*, trad. esp. L. Ballesteros, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1934. Cito por la 4ª ed. Madrid 1962, pág. 12. En lo sucesivo se indicará entre paréntesis después de cada texto la página de esta edición de la colección Austral.

Catalina y Felipe Iguualdad, duque de Orléans; universitarios fracasados, aventureros y especuladores, delincuentes y prostitutas, vagos y débiles mentales, mezclados con un par de tristes soñadores apasionados por ideales abstractos cualesquiera. Les une un impreciso sentimiento de venganza por una mala suerte cualquiera que estropeó su vida, la carencia de todo instinto del honor y del deber, y un ansia desenfrenada de dinero sin trabajo y derechos sin deberes. De esta nube de miasmas surgen los héroes de un día de todos los movimientos del populacho y de los partidos radicales. Aquí recibe la palabra libertad el sentido sangriento de las épocas declinables. Lo que se quiere es la liberación de todos los vínculos de la cultura, de toda especie de moral y de forma, de todos los hombres cuya actitud en la vida se siente, con sorda furia, superior. La pobreza soportada orgullosamente y en silencio, el cumplimiento callado del deber, la abnegación al servicio de una misión o una convicción, la grandeza en la aceptación de un destino, la fidelidad, el honor, la responsabilidad y el rendimiento, todo esto es un reproche constante para los humillados y ofendidos”.

Hay en el “mundo abisal” spengleriano masa en sentido estricto, pero hay también una falsa elite, y el ataque se dirige contra ella. Ser la simple materia prima de la historia, que sería la función de las mayorías, tiene una cierta dignidad refleja; pero, en cambio, carecen de ella los efímeros “héroes del populacho”, porque les mueve el resentimiento y encarnan contravalores. Lo grave de las masas no es que sean objetuales y pasivas; es que engendren y den lugar a la aparición del personaje verdaderamente involutivo, el demagogo. Spengler piensa en él cuando se refiere a “los fracasados de todas las profesiones académicas..., los que quieren venganse de los afortunados y de los que han llegado” (p. 120).

Entre los que capitanean al mundo abisal, Spengler destaca al “sacerdote caído” (p. 120). “Hay —escribe— una plebe sacerdotal que arrastra la dignidad y la fe de la Iglesia por la basura de los intereses políticos partidistas, se alía con los poderes revolucionarios y, con la fraseología sentimental del amor al prójimo y el amparo de los pobres, ayuda a desencadenar el mundo abisal para la destrucción del orden social” (p. 121). Seguramente pensaba en el clero —luego, parcialmente secularizado— que se alió con los jacobinos a partir de 1789; pero la figura ha cobrado actualidad en los partidarios más radicales de la llamada teología de la liberación, cuyo prototipo es el cura cómplice de la guerrilla que roba, secuestra y mata.

b) *La envidia*. Esta es su definición: “La envidia es la mirada oblicua de abajo arriba a algo superior que permanece incomprendido e inasequible y se quisiera rebajar, arrasar, ensuciar y despreciar” (p. 131). Las resonancias nietzscheanas de esta caracterización son evidentes. En otro lugar añade sagazmente que envidiar es “sentir las diferencias como oposiciones” (p. 108). Lo que con preferencia cultivan los demagogos en las masas es la envidia, “sentimiento venenoso de los inferiores” (p. 105), tema que aparece con reiteración en la obra spengleriana. “La envidia —escribe— ha sido metódicamente fomentada por el mundo abisal de los políticos democráticos” (p. 103). Que ese sea el caso de los socialistas resulta congruente; pero ¿por qué de los demócratas en general? Porque la democracia predica el

igualitarismo electoral y prima a las mayorías, y ambas cosas tienen una motivación envidiosa. “El principio plebeyo de la igualdad es la sustitución de la odiada calidad por la cantidad, y de la capacidad envidiada por el número” (p. 48). En la escasa literatura existente sobre la pasión inconfesable, ésta es la primera vez que se denuncia el culto que el envidioso rinde a la cantidad como reacción frente a la calidad: que los más tengan siempre más razón que uno es criterio que le resulta altamente grato. Y puesto que la democracia es el imperio del número satisface la animadversión del envidioso contra lo singular.

c) *La democracia*. En una primera aproximación occidental la nota esencial era la plutocrática; ahora, a la vista de la República de Weimar, es el desorden. “Lo que hoy conocemos como orden y fijamos en Constituciones liberales no es más que la anarquía hecha costumbre. La llamamos democracia, parlamentarismo o autogobierno de los pueblos; pero es, de hecho, la mera inexistencia de una autoridad consciente de su responsabilidad” (p. 45). Lo reitera: “La democracia de este siglo no es forma, sino ausencia de forma” (p. 48); “tal es el interregno anarquista que hoy es llamado democracia” (p. 50); “la cautelosa revolución de todo el siglo a la que se da el nombre de democracia” (p. 52). Ahora, Spengler no argumenta, se limita a describir lo que ve, sin caer en la cuenta de que está generalizando un episodio importante, pero concreto, es el de su país. Está obsesionado por el caos alemán; sólo de vez en cuando le preocupa la “excepción” de Inglaterra.

La corrupción de la opinión por el dinero pasa ahora a segundo lugar; pero no desaparece. “La prensa, nacida como órgano de la opinión pública, servía ya desde tiempo atrás a quien la pagaba; las elecciones, un día expresión de aquella opinión, llevaban a la victoria al partido detrás del cual había más dinero” (p. 49). Y así desmantelaba de nuevo el postulado de la libertad de expresión: “Libertad ¿de qué y para qué? ¿Quién pagaba la prensa y la agitación? ¿Quién ganaba con ello? Tales libertades han revelado en todas partes lo que son: medios del nihilismo para el allanamiento de la sociedad, medios del mundo abisal para inocular a la masa” (p. 107).

Y, finalmente, acude a la descalificación estética: “Un rostro de facciones distinguidas, un pie esbelto que pisa con ligereza y elegancia, contradicen toda democracia” (p. 96). En el mundo abisal hay resentimiento, envidia y desorden; pero, además, está ausente la belleza.

d) *La representación parlamentaria*. No se cansa de repetir que la soberanía popular es irrealizable: “Lo más funesto es el ideal del gobierno del pueblo por sí mismo. Un pueblo no puede gobernarse a sí mismo” (p. 48). ¿Podrá hacerse representar? También en esta ocasión renuncia a la teoría y describe el panorama que contempla: “la clase de los representantes del pueblo, salida de la hez universitaria” (p. 127). Es otra pincelada en su retrato del mundo abisal, matriz de la democracia.

Consecuentemente, su calificación de las cámaras pretendidamente representativas es adversa. Cree que se va a “la disolución progresiva del Estado por el parlamentarismo” (p. 63). Clama contra “la ordinariez de todos los Parlamentos” (p. 96). Desenmascara la ficción de los diputados que

encarnan a la clase obrera: “Si sólo a trabajadores auténticos se les reconociera el derecho a representar a los trabajadores, los escaños de la izquierda de todos los Parlamentos se quedarían casi vacíos” (p. 119). Acusa de egoísmo a los parlamentarios: “Llegan gentes que se nombran a sí mismas representantes del pueblo y se recomiendan como tales; pero no quieren servir al pueblo, lo que quieren es servirse del pueblo para fines propios” (página 48). Es inmisericorde con los profesionales de la política y no ve más que farsa en las instituciones democráticas, tanto más cuanto más inseparables son del sistema, como los partidos.

e) *Los partidos políticos*. Esta es su íntima anatomía: “Los partidos, esto es, al lado de idealistas individuales, grupos de políticos negociantes de dudoso origen y más que dudosa moral, periodistas, abogados, bolsitas, literatos y funcionarios de los partidos” (p. 49). Todos los vocablos están concebidos en sentido peyorativo; podría haber escrito: folicularios, picapleitos, agiotistas, enchufados... Otra enumeración similar: “Un ejército de empleados del partido, oradores de mitin, periodistas y supuestos representantes del pueblo” (página 110). Y denuncia “las sucias luchas de partido” (p. 78).

Lo grave es que, en la forma final de la democracia, “el partido pasa a ser el sustitutivo liberal de la clase y del Estado” (p. 116). Malo es que sean los animadores de la lucha de clases; pero peor es que sustituyan a las instituciones que así se desneutralizan y politizan. El partido en el poder es el Estado que cambia de naturaleza según el vaivén partitocrático. El Estado como entidad permanente desaparece. Pero la denuncia suprema de Spengler es la de impunidad: “Ninguna Constitución contiene una instancia ante la cual tengan que justificarse los partidos” (p. 48); su impunidad jurídica y moral es absoluta. De ahí resulta que ellos y no el pueblo son los más o menos alternantes titulares de la soberanía. Lo de la voluntad general y demás es retórica.

5. *Valoración*. Aunque con precedentes remotos, la teoría elitista fue formulada en términos sociológicos por Gaetano Mosca a partir de 1896, y la completó Wilfredo Pareto, especialmente a partir de 1916. En esta línea se situaron numerosos estudiosos, entre ellos Spengler y nuestro Ortega con su libro *La rebelión de las masas* (1930), directamente influido por *La decadencia de Occidente*. La teoría elitista de la sociedad afirma que en todas las áreas de actividad hay una minoría de individuos altamente capacitados en virtud de sus dotes innatas y de su posterior preparación; este reducido grupo constituye la élite de cada profesión; el resto es la masa. La característica principal de tales núcleos de excelencia es su ímpetu innovador; no son simples consumidores de cultura, sino singularmente creadores. El sentido y el ritmo del progreso humano depende de estas gentes. Las élites se seleccionan a sí mismas por concurrencia y por cooptación; son los especialistas altamente cualificados los que, de modo más o menos expreso, determinan cuáles son, entre ellos, los mejores. Las élites se renuevan merced a un dinamismo propio. Cuando en cada esfera de acción las responsabilidades decisorias son asumidas por los individuos superiores, la humanidad progresa de modo mucho más acelerado que cuando deciden los mediocres. Si el mando es ejercido por los peores la

involución será muy difícilmente evitable. El ideal social de los elitistas se reduce a la meritocracia, o sea, a que la jerarquía de poder coincida con la jerarquía de real capacidad: “the right man in the right place”, según la sentencia que quintaesencia la sabiduría política anglosajona. Y la valoración elitista de las formas de gobierno se hace en función de la aptitud de los diferentes regímenes para ser auténticas aristocracias, es decir, mando de los efectivamente mejores. La crítica elitista de la democracia, sobre todo en su expresión socialista, y de otros modelos como la dictadura del proletariado se funda en sus respectivas tendencias a igualar por abajo relegando al hombre superior.

A pesar de la fuerte presión que ejercen las ideologías políticas interesadas, la teoría elitista de la sociedad no ha cesado de perfeccionarse y de ganar adeptos entre los estudiosos. Ultimamente ha recibido el refuerzo de la sociobiología que ha puesto de manifiesto una creciente pulsión elitista en todas las sociedades animales, desde los insectos hasta los mamíferos. La selección de los individuos superiores es una constante biológica que tiene su correspondiente reflejo genético, y oponerse a ella equivale a frenar la progresiva evolución de la vida. El igualitarismo antielitista es la manifestación más reaccionaria de nuestro tiempo.

Spengler es un elitista arquetípico, cuya personal aportación consiste en la descripción de una pseudoélite de fracasados y resentidos que explota las frustraciones de las masas y capitanea los movimientos involutivos de la historia; es el núcleo gestor del “mundo abisal”, uno de cuyos ejemplos más detalladamente analizados por Spengler es la “plebe sacerdotal”.

Dentro de la interpretación elitista de la sociedad, Spengler concentra su atención sobre el modelo constitucional democrático que debilitó al Imperio alemán y que, luego, desintegró a la República de Weimar. Los tradicionalistas franceses y españoles y los conservadores anglosajones iniciaron la crítica de las democracias desde criterios que eran predominantemente dogmáticos y, lentamente, fueron derivando hacia argumentaciones empíricas, como el análisis racional del principio de las mayorías. Un paso importante en este proceso revisionista de los esquemas de Locke, de Rousseau y de sus epígonos fue el inteligente libro de Carl Schmitt *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus* (1923) que influyó en *Años decisivos*. La aportación más personal de Spengler es la denuncia de la función capital del dinero en la formación de la opinión pública y, consecuentemente, en los procesos electorales, lo cual es un factor adicional de inadecuada atribución de las jerarquías políticas.

El estudio científico de los partidos políticos lo inició Roberto Michels con su gran investigación *Zur Soziologie des Parteiwesens* (1911). Allí demostró que los partidos, como toda organización, tienden a oligarquizarse y a encerrar las facultades decisorias en un grupúsculo clausurado. La personal aportación de Spengler es que ese proceso de concentración del poder partidista no se detiene en el aparato central, sino que continúa hasta llegar al liderazgo individual o cesarismo.

La raíz envidiosa de los movimientos políticos igualitarios ya la había insinuado Max Scheler en su estudio *Ueber Ressentiment und moralisches*

Werturteil (1912); pero Spengler lleva el análisis más lejos, aunque no hasta el final. Su aportación más personal es relacionar la envidia con el culto a la cantidad. En principio, son envidiados los valores superiores tanto por la calidad como por la cantidad; pero Spengler señala que cuando hay que escoger entre lo escaso y lo abundante, los envidiosos se inclinan por lo último que es menos privilegiado y excepcional; por eso son entusiastas del número y de lo mayoritario. Este fenómeno, aparentemente paradójico, lo vio, por primera vez, Spengler.

Y es interesante que, como Giner de los Ríos, Renan, Oliveira-Martins, Durkheim, Spann, Maeztu, Madariaga y tantos otros, Spengler se incline hacia la democracia orgánica.

La crítica spengleriana de la democracia inorgánica o partitocrática ocupa un lugar importante en la literatura politológica del siglo XX, no sólo por sus aportaciones teóricas generales, sino por lo que tiene de testimonio directo. El más intenso eco español de Spengler se encuentra en Ortega. Los tradicionalistas, a pesar de que, a finales de 1934, *Acción Española* les recomendó *Años decisivos* como “un verdadero breviario de la contrarrevolución”, apenas lo asimilaron y no utilizaron ni sus desarrollos de la teoría elitista, ni la denuncia de las flaquezas especulativas y prácticas del prototipo político que entonces se pretendía imponer como ideal planetario. La obra de Spengler impulsó poderosamente la empresa científica de analizar empiriocrítica y racionalmente, frente a los *idola fori*, los postulados ideológicos y los resultados concretos del modelo demoliberal.